

en la Sabiduría que no demos nuestro honor á las mujeres, ni nuestros años á la cruel ramera; pues de lo contrario, pasarán nuestras riquezas á casa ajena, y nos desesperaremos al fin, viendo nuestras carnes devoradas por el vicio. *Nedes honorem*, etc. ¡Oh razon humana! Tú misma nos enseñas esta verdad, y no puedes desentenderte de ella por más que quieras materializarte en los placeres. En tiempo de la civilizacion del Evangelio, dijera Eusebio «que la lujuria denigra la fama, destruye la hacienda y enerva el cuerpo,» y no tuvo necesidad de registrar este documento en las páginas sagradas. Lo habia enseñado ya Plutarco; lo sabia la Grecia; no lo ignoraba Roma, pues mandó que en los átrios de Venus y en los vestíbulos de todos sus templos se colocasen palas, azadones, féretros, mortajas y osamentas, para que nadie ignorase que á la prostitucion se sigue la enfermedad, el dolor, la desesperacion y la muerte.

Si fuéramos nosotros tan poco ilustrados como los paganos, yo sería de parecer que estos emblemas lúgubres se fijasen en todas nuestras calles, para enseñar á los hombres lo que se les reserva despues de sus deshonestidades. Pero no se han hecho tales emblemas para nosotros; somos ilustrados, y sabemos que la lujuria destruye nuestro honor, nuestras riquezas y nuestra vida, labrándonos aquí un infierno, castigo condigno al pecado que cometemos contra la sociedad y contra nosotros mismos: somos cristianos, y estamos convencidos que ni los fornicarios ni los adúlteros han de poseer el reino de Dios.

¡Quiera Dios que, avisados con las palabras divinas, evitemos los males anejos en este mundo á la vida impúdica, y guardemos nuestros cuerpos sin corrupcion, para que puedan entrar un dia triunfantes y gloriosos en la pátria celestial! Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Timidis autem et fornicatoribus et idolatris... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est secunda mors.

Mas á los cobardes y fornicarios é idólatras, la parte de ellos será el lago que arde en fuego y azufre, que es la segunda muerte.

(APOCALIP., cap. XXI, vers. 8.)

Si el hombre no tuviese más que la vida animal; si su existencia estuviese limitada al corto círculo del tiempo presente, sería disculpable en sus excesos. ¿Qué digo? Entónces no habria mérito ó demérito en sus obras; pues Dios no le hubiera dado racionalidad ni libertad, como hizo con los brutos, y por consiguiente no era capaz de culpabilidad alguna. Mas no es el tiempo presente lo que constituye la vida humana; esperamos otra vida más noble y duradera, y el primer vagido de nuestra infancia es el testimonio irrefragable de que vamos á emprender una carrera que nos desagrada por tener que sufrir grandes trabajos, cuando estamos destinados á ser inmortales en otra region de paz y de felicidad. Sí: la misma forma humana lleva impreso en sí este dogma de la Religion, como el carácter noble y distintivo de la humanidad; pues miéntras los otros animales viven mirando siempre á la tierra como á su único fin, el hombre, este rey del mundo terrenal, recibiera de Dios un cuerpo distinguido, frente augusta, labios elocuentes, ojos sublimes para di-

rigirlos al cielo, como al centro donde ha de llegar. Mirar esa bóveda celestial matizada de luceros; detenerse en examinarla, y sentir elevarse el alma con ideas grandiosas, es tan natural al hombre, que yo dudo haya existido uno solo de los hijos de Adán que no haya contemplado naturalmente y sin violencia esta parte tan brillante de la creación. ¡ Ah! Si la filosofía natural nos demuestra la naturaleza de los seres por la propensión que tienen á un punto céntrico; si sabemos por las luces de la razón que los cuerpos materiales no pueden elevarse de la superficie de la tierra sin ser violentados, y que apenas se ha desvirtuado el impulso exterior que han recibido, se precipitan con velocidad hácia su destino, ¿ qué pensaremos del hombre, que naturalmente mira á los cielos? Deduciremos necesariamente que aquel es su centro, y que la vida presente es una violencia que padece su espíritu por hallarse encadenado al cuerpo material, al cual da fuerza y vida estando en espera de otra existencia más perfecta.

Somos, pues, inmortales; es decir, tenemos un alma espiritual é incorruptible, á quien Dios hizo la gracia de hacer semejante á Él, dándola además una eternidad posterior á todo tiempo futuro, y contra cuya existencia no tenga acción ningún agente criado; por lo demás, el hombre, á semejanza del ave, tiene la facultad natural de extender sus alas hácia las nubes, ó de fijarse en la tierra; puede alimentarse de flores, como la abeja, y coger frutos de suavidad y dulzura, ó revolcarse entre las inmundicias para no encontrar más que fetidez y desdicha. Dios, por su parte, nada ha escaseado; nos ha dado una alma racional; ha querido que la corona de la gloria sea corona de justicia, debida á su gracia y á nuestros méritos, dotándonos para ello de la más amplia libertad; nos ha ofrecido como arma y escudo poderosos todos sus propios méritos, de modo que el alma sea siempre inmortal;

pero, ó esta inmortalidad ha de ser siempre feliz, ó siempre horrorosa. ¿ Quién alcanza la primera? ¿ Quién descansará en el santo templo de Dios y habitará en sus tabernáculos eternos? El que no tenga manchas carnales y haga obras de justicia. « Este hombre, dice San Agustín, llegará al sumo bien, en el cual se halla una constante y perenne estabilidad, para gozarse en él eternamente. » ¿ Quién merecerá justamente la segunda? Los cobardes, los deshonestos é idólatras, cuya parte será en el lago de fuego y de azufre, que es la segunda muerte: *Timidis autem et fornicatoribus, et idolatris, pars illorum*, etc.

Hé nos aquí trasportados á otro terreno; el destino eterno del hombre, aventurado por los excesos de la lujuria, va á ocuparnos este día; hasta hoy he hablado de la castidad con relación al hombre social y á la felicidad temporal del individuo; los estragos de esta especie, á más de no ser irremediables, son de cortas consecuencias, pues tienen fin; pero la pérdida de nuestra alma es cosa más imponente. Amados míos, todos los vicios tienen una deformidad que hace retroceder á las veces al hombre, y quizá el sentimiento de honor individual nos inspira hácia ellos un noble desden; sólo el vicio de la lujuria carece de estas calidades en el momento en que el hombre se entrega en sus brazos, porque la ceguedad de la pasión oscurece por entónces las nitidísimas luces de la razón y de la gracia; pero en cambio ninguno es tan espantoso en las consecuencias del tiempo y en las de la eternidad. Habeis visto las primeras, y voy á delinear las segundas, aunque no sin gran dolor de mi alma; porque pocos hombres se condenan que no sea por la lujuria.

Os pido con todo mi corazón que presteis oído á mis palabras; voy á pronunciar una sentencia terrible; pero no debeis temerla si os separais de la corrupción y haceis penitencia. Esta sentencia es para los cobardes, que no

quieren resistir á los halagos del sentido, para los que temerariamente abusan de sus cuerpos, para los idólatras de la carne: «La reprobacion eterna entre estanques de fuego y azufre es la consecuencia necesaria de una vida lujuriosa.» Hé aquí el asunto que voy á tratar.

¡Dios mio! Baje tu espíritu divino sobre mí y mis oyentes, para obtener con su luz, que ilumina y abrasa, lo que no podemos alcanzar con nuestras fuerzas. Saludemos para su logro á la Reina del cielo con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Cuando se trata de los destinos eternos del hombre es preciso atenerse á la revelacion y hablar en conformidad con ella, sin abandonar, por tanto, las luces de la razon, á la cual no contradice ninguno de los dogmas religiosos. Es evidente que Dios no es autor del pecado, ni de algun otro mal moral que afecta al hombre en este mundo ó en el otro. Es tambien infalible que ningun hombre llega á la reprobacion positiva por un decreto preexistente de la Providencia divina; pues Dios, por su parte, como enseña San Pablo, no quiere que alguno perezca, sino que todos se salven. ¿En qué consiste, pues, que se condenen tantos hombres, que Dios criára para el cielo? Es ésta una materia que ha desgastado los ingenios más profundos, y los ha llenado de consternacion y espanto; y ¡pluguiese á Dios que nosotros la considerásemos á menudo, para que temiésemos los juicios del Señor, y obrásemos nuestra eterna salvacion con temor y temblor. Pero si reflexionamos con detencion el principio de nuestra salvacion, creo que daremos solucion á esta pregunta: la salvacion del hombre tiene su origen

en la gracia de Dios, y su complemento en la perseverancia final; mas en esta gran obra, ¿obra Dios solo? No, dice el sublime teólogo San Agustin; las obras de la creacion son exclusivas de Dios; Él, como soberano absoluto, no tuvo más que decir: *Hágase*, y todo fué hecho; para que el hombre fuera criado, no necesitó éste saberlo, pues no existia, y ménos podia consentir en su existencia, pues aún no saliera de la nada su voluntad. No sucede lo mismo en nuestra justificacion, porque cuando esta se efectúa, ya existimos, ya somos racionales, ya tenemos libertad para aceptar la gracia de Dios ó desecharla, y, en consecuencia, concurrimos con nuestro albedrío al complemento de esta obra; de tal modo, que no pudiendo el hombre merecer nada respecto al principio de su salvacion, contrae un mérito de justicia para que se le aumente la primera gracia, si es correspondida, y para que le sea dada la gloria eterna, si persevera hasta el fin: *Ergo fecit nescientem, justificat volentem*. Suponed, pues, que todo hombre corresponda á la primera gracia, y que á cada aumento haga la debida cooperacion por su parte hasta el fin de su vida: ¿se condenaria alguno? ¡Ah! El infierno no tendria entónces sino ángeles rebeldes, porque Dios es justo, y no puede condenar á nadie sin crímenes, como dice el citado santo Doctor.

Entramos ya directamente en materia; la salvacion del hombre tiene su principio en la gracia; esta es un don gratuitamente dado á nosotros por Dios, mirando á los méritos y pasion de Cristo, en órden á la ascension de la vida eterna; sus efectos son admirables, pues causa en nosotros, como afirma San Bernardo, el pensar, el querer y el perfeccionar la obra: estos tres actos pertenecen al alma; ella, por consiguiente, es el receptáculo de los auxilios celestiales, sin los cuales nada podemos hacer para nuestra eterna felicidad; es de tal naturaleza esta gracia divina, que, no obstante su fuerza sobrehumana, no es-

claviza ni encadena al hombre, ni lo arrastra forzosamente al bien; pero lo halaga dulcemente, lo atrae con suavidad, lo convida con amor, le representa todas las grandezas de Dios para amarlo, todas las delicias del cielo para desearlas, todas las penas del infierno para que las tema, y, por fin, todo el valor y precio de la misma alma, por cuya salvacion Dios mismo, inmortal, impasible, se humanó y subió á la cima de un madero ignominioso. Es una tierna madre que convida á su hijo con el blanco licor de su pecho para atraerlo; es un padre compasivo que descubre á su hijo todos los encantos y dulzuras del hogar doméstico, para inclinarlo á que permanezca en él, movido por amor, ó bien le hace presentes sus futuros infortunios, si cual otro pródigo se endereza á regiones desconocidas. Hasta ahora nada aparece de violento; en efecto, Dios trata al hombre como á un rey; le guarda honores y consideraciones; no quiere forzarle á nada; le presenta un cetro y corona eternos; le enseña el camino para llegar al reino de la paz y felicidad; en manos del hombre está la eleccion ó el desprecio; si no quiere aceptar, nadie sino él será responsable de sus desventuras.

Supuesto, pues, que el alma es el vaso donde se refunde la gracia de Dios, es preciso que aquélla tenga capacidad para recibirla; mas esta gracia, ¿podrá llegar acaso á penetrar en el hombre lujurioso? ¡Ah! Ved aquí, señores, lo que hace casi irremediable la perdicion de los deshonestos; porque en vano el padre de misericordias llama á su puerta, si ésta no se ha de abrir; en vano enviará sus luces soberanas, pues se estrellan contra el corazon empedernido; en vano se suceden las centellas del fuego divino, si caen en un terreno fangoso é inmundado, cuya tenacidad resiste á toda ilustracion divina, ahogándola en el cieno de la lujuria; cuando el hombre es justificado por primera vez en las aguas del bautismo,

viene á ser su alma templo del Espíritu Santo, sin que quede vacío alguno que no esté lleno de amor, de esperanza y de fé; entónces sucede que el fuerte armado que en ella habitara como en propia fortaleza, es atacado y vencido por otro atleta más fuerte y heróico; mas, perdida esta gracia por el pecado voluntario, quien expele al espíritu divino es el mismo hombre; Dios se retira, pero no de tal modo que no deje impresas las huellas de su luz, así como el sol trasmonta el ocaso y se precipita en el otro hemisferio sin desaparecer totalmente sus rayos hasta que, habiendo llegado al punto culminante del horizonte antípoda, el hemisferio abandonado es envuelto en densas y hórridas tinieblas. ¿Comprendeis ahora que el hombre se pierde para siempre por su propia culpa? ¿Entendeis cuán funestos son los resultados de la lujuria? No pierde el hombre ordinariamente por estos excesos la fé y la esperanza, pues le quedan estas dos tablas que pueden sacarle de entre las espumantes olas del vicio; mas pierde la caridad; de amigo de Dios, se declara su enemigo, organizando contra Él todas las fuerzas de las pasiones, é intentando, si le fuese posible, la destruccion del Sér divino; perdida la caridad, propende fácilmente nuestro espíritu á cuantos excesos son imaginables; se ciega el entendimiento, absorbiéndose la razon en las vorágines de la lujuria; ya no se piensa en la muerte y en el infierno; desaparece la constancia, entrando á reinar la volubilidad; se desea larga vida para saciar los deseos impuros; se precipita el hombre en todos los abismos con tal que halle pábulo á sus pasiones; se concibe un odio implacable contra Dios al prever sus castigos, y anda, por fin, fluctuando nuestra alma entre mil olas de deseos para la vida presente, apeteciendo bienes, riquezas, salud, fuerza para emplearlo todo en la satisfaccion de la carne, siguiéndose á todo esto la desesperacion del siglo venidero.

¡Ah, amados míos! Digámoslo francamente: si un ave se arranca sus alas, no puede ser habitante de los aires, y necesariamente se ha de arrastrar por la superficie de la tierra, hasta ser por fin devorada por los reptiles y cuadrúpedos carnívoros; si una vasija rebosa por todas partes el licor que contiene, no es posible colocar en ella ni una gota más. Pues bien: las alas con que volamos á Dios son las potencias de nuestra alma, fortalecidas con sus auxilios divinos; pero estas dos alas se imposibilitan para obrar bien, se embotan y paralizan entre las abominaciones de la carne, no quedando al hombre otro partido que el de hundirse más y más en sus asquerosas ciénagas. ¿Quién no lo ve? Una abominacion conduce á otra; una lujuria es la preparacion para mil; no puede darse saciedad en los placeres sensuales; apenas el primer pecado ha sido secundado, cuando empieza á formarse un torrente de vicios, que crece de dia en dia; fácil es cegar el manantial al querer éste brotar por primera vez; pero abierta ya la puerta, las aguas se prolongan, las olas se entumescen, y en balde se opondrá una montaña á su rápida marcha; nada será capaz de contenerlas, porque buscará por todas partes una salida, satisfaciendo su propension de entrar en los abismos, y perderse para siempre entre mares tempestuosos.

En efecto: tiene la lascivia la deplorable propiedad de degradar el entendimiento humano, apartándolo de su propension natural hácia lo sublime y celestial, y fijándolo en lo carnal y perecedero, como si fuese su único fin. A nosotros realmente no nos es dado entrar en el santuario del pensamiento humano; es una temeridad querer leer lo que está escrito entre el impenetrable caos de la imaginacion ajena; mas Dios, que mira con ojo penetrante hasta lo más íntimo de nuestro corazón, viera los proyectos del lujurioso; y ¡cuán tristes son, cuán alarmantes! «Venid, se dicen mutuamente los deshones-

tos; venid; gocemos de los bienes presentes; engolfémosnos entre vinos vaporosos y deliciosos perfumes; coronemos nuestras sienas con rosas, ántes que éstas se marchiten; no haya prado alguno por el que no pase nuestra lascivia. Ninguno de nosotros quede sin parte de nuestra disolucion; dejemos en cada lugar señales de nuestra alegría, porque esta es nuestra porcion, esta nuestra suerte; oprimamos al pobre, no perdonemos á la viuda, ni respetemos las canas del anciano. Y sea nuestra violencia la ley de la justicia, porque lo que es flaco se reputa por inútil; creamos que nos es permitido, justo y lícito cuanto podamos hacer.» Si estos pensamientos nos hubiesen sido revelados por un hombre, apenas le daríamos crédito; pero Dios es quien nos los descubre, para que estemos infaliblemente persuadidos que no es posible llegar al puerto de la salud si nos arrojamos en el azaroso lago de la lascivia, no porque nos escasee la gracia de Dios, sino porque nosotros inutilizamos nuestras almas para recibirla, teniendo siempre detenido nuestro entendimiento, memoria y voluntad en los objetos que Dios mira con un odio implacable, por oponerse directamente á su santidad infinita.

Así es que la malicia del hombre carnal va creciendo por grados hasta formar un promontorio de crímenes, no de otro modo que se compactan y elevan algunos volcanes por la aglomeracion continua de sus lavas. «Las obras de la carne están patentes, dice el divino Pablo, como son: fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas,» las cuales de tal manera ciegan al hombre, que, en sentir del mismo Apóstol, «los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios.» Razon tenía San Clemente Alejandrino para afirmar que la lujuria era la metrópoli de todas las iniquidades,

porque su primer resultado es cegar el entendimiento, y consumada esta ceguedad, no hay crimen en que no se precipite el hombre. ¡Ah! Preciso es confesar que la decantada ilustracion del siglo en que vivimos apenas se sirve de las luces que la Religion la ha legado, sino para labrar la ruina de los hombres. Al leer las páginas de los escritores cínicos que tanto abundan hoy dia por desgracia, nos llenamos de indignacion, pues vemos que la lascivia es presentada por ellos como la meta de las acciones humanas, á la cual se deben consagrar todos nuestros pasos; esto vale tanto como decir que la lujuria es una divinidad: igual dogma profesáran los paganos, inventando con su oscurecida razon emblemas y misterios que indicasen el origen de esta divinidad obscena; pero digámoslo paladinamente: aquellos filósofos, desprovistos de las luces de la revelacion, eran más cuerdos que estos últimos, llamados regeneradores, y que no fueran sábios sino para revestir el crimen con apariencias especiosas y deslumbradoras; los hombres del paganismo, al erigir en deidad lo más obsceno, confesaban tácitamente que tal divinidad no podia existir; el Dios de la lujuria justamente era representado por un niño que sin cesar maneja la flecha y el arco, disparando sin cesar sus envenenadas saetas; pero lo esencial de la alegoría no está dicho todavía; este ente imaginario tiene los ojos cubiertos con espesa venda, sin que le sea permitido ver jamás la luz. ¿Qué significa, esto? ¡Oh, amados míos! Yo veo campear victoriosamente á la razon humana, aún en el vasto laberinto de errores, donde á las veces es precipitada por los excesos del impudor; su tersa luz no puede habitar entre las inmundicias de la carne; la filosofía del paganismo sin revelacion del cielo lo comprendió mejor que la ciencia incrédula de los sábios de los últimos siglos, que de las luces mismas del cielo se sirvieran para atacar la verdad; la razon natural muestra-

ba tácitamente al sábio de la Grecia pagana que la lujuria era ciega, que apenas se entrega el hombre á sus excesos, el entendimiento se emboza en densas tinieblas; entre tanto, ved á esos ingenios culminosos de las escuelas del racionalismo moderno: cayó sobre ellos el fuego de la lujuria, y se cumplió literalmente en ellos la profecía de David: «No vieron la verdadera luz.» *Supercedidit ignis et non viderunt solem.*

Si despues de haber insinuado este hecho tan marcado de nuestros filósofos modernos quisiese enumerar las blasfemias que han arrojado de sus bocas inmundas los que la han profesado; si pretendiese enarrar sus crímenes, emprenderia una tarea incansable; veríais aquellos genios maléficos meditando dia y noche mil planes de iniquidad; la Religion, el sacerdocio, la monarquía, el pueblo, la sociedad, entráran en su entendimiento, donde como en horno encendido debian disolverse; todo lo que no podia ser presa de sus deseos corrompidos; todo lo que hacía sombra á su maldad; todo lo que excitaba en sus conciencias algun remordimiento, debia entrar en el caos de la nada; pero si no puedo arrogarme una facultad propia de Dios, la facultad de contar uno por uno los pecados de esos hombres, puedo al ménos decir una verdad, de que estoy cierto por el testimonio de la Sagrada Escritura y el de todos los Padres de la Iglesia; esta verdad es, que todas estas maldades no tuvieron otro origen que la lascivia, en cuyos brazos se arrojaron ciegamente. ¿Se podrán quejar los hombres de que Dios los abandona, cuando ellos mismos se abisman entre las horrendas simas de la perdicion? ¿Acusarán á Dios de injusto en no haberles dado gracias eficaces y victoriosas, cuando ellos se formáran una fortaleza de sus propios crímenes, desde la cual disparaban mil baterías á la vez para rechazar los tiros divinos que sin cesar les enviaba el cielo para conquistarlos y ganarlos para la glo-